

# Funciones de las formas lingüísticas de primera persona plural en el plano temático de *Lazarillo de Tormes*

*Eduardo Godoy G.*

Mucho se ha escrito sobre *Lazarillo de Tormes*. Se diría que no es ya fácil encontrar nuevos caminos de interpretación. Sin embargo, la bibliografía lazariniana sigue creciendo día a día. Nuevos y más fecundos puntos de vista la enriquecen en distintas lenguas y países. Problemas de estructura, de autoría, de interpretación, estudios por menorizados de tratados y situaciones parciales o que abarcan una totalidad, pretenden encontrar nuevas vías de acercamiento. Una prueba más de la condición *clásica* de esta novela que, aparecida en 1554, se ha proyectado a través del tiempo para mostrar su fecundidad significativa.

El presente ensayo hurga, una vez más, en el mundo novelesco de *Lazarillo de Tormes*. Para ello, se ha elegido un camino que toma en cuenta las formas lingüísticas de primera persona plural, las que se muestran mediante las formas pronominales *nosotros* y *nos*<sup>1</sup> y por las formas verbales correspondientes. Nuestro estudio se centra en el tratado tercero, porque es ahí en donde estas formas expresivas se agrupan para denotar una situación anímica que no concuerda con lo que ha pasado *antes* y con lo que viene *después*.

¿Qué significa el uso de los pronombres personales en la narración? ¿Por qué la preferencia de uno sobre otro? El punto de arranque del presente estudio considera que tal elección depende de una concepción de mundo, de un tipo de relaciones interpersonales

<sup>1</sup> La novela picaresca ofrece como primera característica formal la de ser narrada en primera persona. El lector interesado en tal problema puede consultar a F. Lázaro Carreter, *La ficción autobiográfica en el Lazarillo de Tormes* (Litterae Hispaniae et Lusitanae, 1968, pp. 195-213), y B. Romberg, *Studies in the narrative technique of the first person novel* (Stockholm, 1962). Tal condición, obviamente, no entra en nuestras consideraciones.

que apunta a la configuración espiritual tanto de la individualidad como del contorno. En tal sentido, nos parecen válidas las consideraciones del novelista francés Michel Butor al establecer que el uso de los pronombres "...nos permitirá hacer hablar a los grupo humanos, a los aspectos de la realidad humana que no suelen hablar, o, al menos, que no suelen hablar en la novela, que permanecen en la oscuridad; iluminar la materia novelesca, a un tiempo verticalmente, es decir, sus relaciones con su autor, su lector, el mundo en medio del cual se nos aparece; y horizontalmente, es decir, las relaciones de los personajes que la integran, la interioridad misma de éstos"<sup>2</sup>.

Ahora bien, se ha elegido como vía de interpretación el uso del *nosotros* que, como pronombre, plural que es, conlleva la idea de desplazamiento personal. Por lo tanto, su uso tiende a la configuración de una unidad que, por la razón misma de su origen, puede separarse en cualquier momento. Dicho en otras palabras, y específicamente en el sentido en que se empleará en este estudio<sup>3</sup>, no se trata de que su uso signifique pérdida de la condición individual, puesto que ésta intrínsecamente se mantiene y formalmente puede recuperarse en cualquier momento.

El conteo de dichas formas señala significativamente una concentración en el tratado tercero. Así, en su relación con el ciego se encuentran veinticuatro formas; con el clérigo de Maqueda, catorce; con el fraile de la Merced, con el maestro de pintar panderos y con el capellán, no hay ejemplos; con el buldero, tres; con el alguacil, una, y con el arcipreste, siete. Con el escudero hay treinta y cinco formas plurales de primera persona. Este predominio, en nuestra postulación, obedece a razones que están mucho más allá de la simple casualidad. Es la textura espiritual la que desequilibra numéricamente tales formas, las que están en íntima relación con la clase de vínculos existentes entre el muchacho y sus diversos amos.

El estudio de tales formas expresivas en sí y referidas al tipo de relación que consideramos como eje de significación, nos lleva a plantear la existencia de dos sentimientos contrarios, la *soledad* y la *solidaridad*, y ambos dependen y se expresan —situacionalmente— en tales formas. La revisión que se hará sigue el orden de aparición

<sup>2</sup> MICHEL BUTOR, *Sobre Literatura* (Seix Barral, Ensayo N° 254, 1967, tomo II, pp. 90-91).

<sup>3</sup> Véase lo dicho sobre *solidaridad* más adelante, en nota 12.

de los distintos amos, es decir, desde el ciego hasta el arcipreste de San Salvador<sup>4</sup>.

La primera relación formal es la de Lázaro y el ciego<sup>5</sup>. La madre de Lázaro lo ha puesto en manos de quien le promete ser más padre que amo. Las dos primeras formas verbales plurales de primera persona señalan sólo acompañamiento. Se nos dice que "... *estuvimos* en Salamanca..." (p. 13), y luego "*Salimos* de Salamanca" (p. 13).

Viene luego el episodio del toro de piedra. El ciego lo golpea y ríe la treta. Lázaro divide ahora su vida pasada y la por venir y dice: "Parecióme que en aquel instante desperté de la simpleza en que, como niño dormido, estaba. Dije entre mí: 'Verdad dice éste, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues *solo soy*, y pensar cómo me sepa valer.'" (p. 13).

El párrafo transcrito es extremadamente importante. Hasta ahora, Lázaro ha llevado una vida absolutamente infantil. El golpe del cruel ciego lo despierta al mundo de la dura existencia, mundo del que dice en otra parte que "... ya la caridad se subió al cielo..." (p. 42). Se da cuenta Lázaro que acaba de ingresar a un mundo hostil en que para sobrevivir tiene que usar engaños y ardidés. En este sentido, el tiempo que permanece con el ciego le sirve de escuela experimental de primera línea y dice más tarde, enalteciéndose, que salió "... tan suficiente discípulo..." (p. 51). Pero Lázaro obtiene, también, conciencia de otra cosa, y es la de su radical soledad que se expresa mediante ese *solo soy*, soledad que constituye la esencia de su personalidad<sup>6</sup>. El temor que le deja su relación con el ciego, y que parte de este momento, no hace más que crecer en su compañía y en la del clérigo de Maqueda. Un remanso lo cons-

<sup>4</sup> Todas las citas textuales refieren a la edición de Francisco Rico, y que se encuentra en *La novela picaresca española* (Clásicos Planeta, Editorial Planeta, Barcelona, 1967, Tomo I, pp. 1-80). Los subrayados son míos.

<sup>5</sup> La importancia del ciego como guía en la conducta posterior de Lázaro ha sido destacada por la crítica. Véase lo sostenido por M. Bataillon, *El sentido del Lazarillo de Tormes*. París-Tolosa, 1954, y lo aducido por J. Weiner, *El ciego y las dos hambres de Lázaro de Tormes*. Valparaíso, 1971. De igual manera, las consideraciones de Charles Minguet en cuanto estudiar al ciego como el modelo motor de toda relación humana en *Lazarillo de Tormes (Recherches sur les structures narratives dans le "Lazarillo de Tormes")*, París, 1970, pp. 88-97.

<sup>6</sup> Véanse la serie de observaciones establecidas por Benítez en relación con la soledad existencial en *Existencialismo y picaresca* (O crece o muere, N° 123, Ediciones Rialp), así como lo sostenido en relación con la individualidad.

tituye lo que sucede con el escudero. Y la vuelta a la soledad definitiva en el resto <sup>7</sup>.

Las formas plurales de primera persona siguen con la característica anotada: denotan sólo compañía, no coparticipación. Así recordará Lázaro: “*Comenzamos* nuestro camino . . .” (p. 13). Luego: “Cuando *salimos* de Salamanca, su motivo fue venir a tierra de Toledo, porque decía ser la gente más rica, aunque no muy limosnera . . . Y *venimos* a este camino por los mejores lugares. Donde hallaba buena acogida y ganancia, *deteníamos*; donde no, a tercero día *hacíamos* Sant Juan.” (p. 20).

Interesa destacar dos situaciones en que se usan formas de primera persona plural. La primera dice relación con el vino que Lázaro hurta al ciego: “... cuando *comíamos* . . .” (p. 17). Formalmente, dicha forma verbal tiene tal condición, pero si la vinculamos con la situación completa, nos damos cuenta que es un momento en que se trata de engañar a otro; más aún si el otro es ciego. Se está en presencia de la desconfianza en el mundo <sup>8</sup>, hecho que se concretiza mucho más claramente en el episodio de las uvas:

“*Sentámonos* en un valladar y dijo:

—Agora quiero yo usar contigo de una liberalidad, y es que *ambos comamos* este racimo de uvas y que hayas dél tanta parte como yo. Partillo *hemos* de esta manera: tú picarás una vez y yo otra, con tal que me prometas no tomar cada vez más de una uva. Yo haré lo mesmo hasta que lo *acabemos*, y desta suerte no habrá engaño.” (p. 21).

La larga cita certifica lo ya aseverado. Las formas verbales subrayadas no indican en ningún momento coparticipación de tipo afectivo, tan sólo es una acción que se realiza entre dos, pero entre los cuales no hay compromiso alguno. Lo que prima es el engaño. Incluso el ciego trata de engañar a otro que ve, a sabiendas que tiene que ser descubierto. Es un engaño a ojos vistas. La desconfianza tiñe, en este momento, la relación amo-criado.

<sup>7</sup> Lázaro termina solo, aunque acompañado. Su relación con el arcipreste y su mujer es falsa y artificial. Se conforma Lázaro con la situación que vive, pues ha decidido *arrimarse a los “buenos”*. Puede aquí hablarse con propiedad de un vivir aparente (Véase O. Belic, *La novela picaresca como orden artístico*, Acta Universitatis Carolinae, Philologica, <sup>o</sup> 3, 1963, pp. 5-36): a un exterior feliz, corresponde un interior desolado.

<sup>8</sup> Véase lo que al respecto acota Casaldueiro en *Sentido y forma de las novelas ejemplares* (Credos, Estudios y Ensayos N<sup>o</sup> 57, 1962).

En el episodio del poste, que desenlaza el primer tratado, se encuentran también algunas de dichas formas. Una de ellas “*Acojámonos a la posada con tiempo...*” (p. 26) dicha por el ciego participa un tanto de un afán protectorio, pero las demás, que corren por boca de Lázaro, señalan, por un lado, sólo compañía física (... *Habíamos de pasar un arroyo...* (p. 26) ), en tanto que las otras: “...yo veo por donde *travesamos* más aína... (p. 26), “... saltando *pasaremos* a pie enjuto” (p. 26), “... con la priesa que *llevábamos* por salir del agua que encima de *nos caía...*” (p. 26) muestran la clara intención de Lázaro de hacerlo caer en el engaño. Luego de esto, Lázaro escapa.

De esta primera relación podemos concluir que Lázaro toma conciencia de *ser solo en el mundo*<sup>9</sup> y que esta soledad tiene plena y clara expresión en el uso de formas lingüísticas —verbos y pronombres— de primera persona plural.

El segundo amo a quien sirve Lázaro de Tormes es el clérigo de Maqueda que, en su condición egoísta, guarda similitudes con el ciego<sup>10</sup>. Con su nuevo amo, Lázaro ve aumentada su miseria y piensa que morirá de hambre. La cantidad de formas plurales de primera persona disminuyen y son sólo empleadas formalmente e incluso se conciben, en el momento más significativo, en abierta oposición.

Respecto a la primera situación, véanse los ejemplos siguientes y examínense con la perspectiva indicada: “Cuando al ofertorio *estábamos*, ninguna blanca en la concha caía que no era dél registrada...” (p. 30); “Mas el lacerado mentía falsamente, porque en cofradías y mortuorios *rezamos*, a costa ajena comía como lobo y bebía más que un saludador” (p. 30); “Y porque dije de mortuorios, Dios me perdone, que jamás fui enemigo de la naturaleza humana sino entonces. Y era porque *comíamos* bien y me hartaban. Deseaba y aun rogaba a Dios que cada día matase el suyo, y cuando *dábamos* sacramento a los enfermos...” (p. 31); “... Mas de lo que al presente padecía, remedio no hallaba; que si en el día que *enterrábamos* yo vivía, los días que no había muerto, por quedar bien vezado de

<sup>9</sup> Valiosas resultan las observaciones establecidas por Maldonado de Guevara en torno a que la vida de Lázaro significa la destrucción del mito del *puer aeternus* (*Interpretación del Lazarillo de Tormes*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Madrid, Madrid, MCMXLVII). De igual manera, la serie de acotaciones en relación con tal mito.

<sup>10</sup> Participamos aquí de la opinión de O. Belic, ensayo citado, que califica a las actitudes del ciego y del clérigo como *egoísmo abierto* y *egoísmo cerrado* y ve en dichos tratados la primera pareja de unidades narrativas estructuradoras de la novela.

la hartura, tornando a mi cotidiana hambre, más lo sentía . . ." (p. 31); "*Pusímonos* a comer y quiso Dios que aun en esto me fue bien . . ." (p. 35); "Y así, aquel día, añadiendo la ración del trabajo de mis manos, o de mis uñas, por mejor decir, *acabamos de comer*, aunque yo nunca empezaba." (p. 35).

En todas las situaciones anotadas el uso de las formas que estamos determinando, en ningún caso puede alcanzar el sentido que hemos denominado solidario. Véase, por ejemplo, el caso llevado al extremo del último ejemplo: ". . . *acabamos de comer*, aunque yo nunca empezaba". Se trata de una acción no realizada: la expresión *nunca empezaba* anula totalmente la forma anterior *acabamos*. Además, en este momento la *ironía* juega también un rol importante, lo que aparece enfatizado por lo que inmediatamente antes ha dicho el clérigo: "¡. . . Mira, mira, qué persecución ha venido aquesta noche por *nuestro pan!*" (p. 35). La calificación de *nuestro pan* suena a irónico y falso. No existe, entonces, el sentido que se rastrea.

Las formas de primera persona plural adquieren un sentido radicalmente opuesto a lo solidario en el momento en que Lázaro y el clérigo entablan una sorda lucha no declarada abiertamente, uno para tener acceso libre al arca y el otro para evitarlo. El párrafo siguiente habla por sí solo: "En tal manera fue y tal priesa *nos dimos*, que sin duda por esto se debió decir: 'Donde una puerta se cierra, otra se abre'. Finalmente, *parecíamos* tener a destajo la tela de Penélope, pues cuanto él tejía de día rompía yo de noche. Ca en pocos días y noches *pusimos* la pobre despensa en tal forma, que quien quisiera della propiamente hablar, mas 'corazas viejas de otro tiempo' que no 'arcaz' la llamara, según la clavazón y tachuelas sobre sí tenía" (p. 37).

El desenlace es inevitable: el clérigo expulsa a Lázaro de su lado. Esta, su segunda experiencia de servicio, lo ha dejado de nuevo sumido en la soledad. Herido, hambriento y maltratado no tiene razón para confiar en un mundo que se le muestra enemigo y hostil.

La relación escudero-Lázaro es clave en el aspecto que se estudia en la anónima novelita. Dicha relación se palpa, desde el comienzo, como diferente. La atmósfera novelesca se siente insólita frente a lo que sucedía en los dos primeros tratados. Ya desde el comienzo se establecen rasgos que delinear tales condiciones. Dice Lázaro: "Esta manera me fue forzado sacar fuerzas de flaqueza, y poco a poco, con ayuda de Dios y de la buena gente, di conmigo en esta insigne ciudad de Toledo, adonde con la merced de Dios, dende a quince

días se me cerró la herida. Y mientras estaba malo siempre me daban alguna limosna..." (p. 42).

Si examinamos el párrafo transcrito se llega a conclusiones claras. Habla de *la ayuda de Dios* y de *la merced de Dios*, califica a la ciudad de Toledo como *insigne*, la gente es denominada como *buena* y que le *daban alguna limosna* con la que se sustentaba<sup>11</sup>. Todo ello hace que se deduzca una disposición anímica diferente. Y si se recuerda la perspectiva desde la que habla Lázaro —un “yo” adulto que narra su autobiografía— se tendrá que concordar en que aquí el relato se tiñe de ternura.

Se subraya el carácter diferenciador, a primera vista, que tiene la relación con el escudero si se la compara con la manera como es presentada la de los dos amos anteriores. Así, el ciego aparece como “perverso ciego” (p. 24) y como “mal ciego” (p. 24), a la vez que la del clérigo de Maqueda aparece iniciada con un “me toparon mis pecados” (p. 27) y proseguida con un rotundo “escapé del trueno y di en el relámpago” (p. 28).

Todo lo señalado es radicalmente diferente a la manera como se plantean sus relaciones con el escudero toledano. Lázaro, significativamente, dice: “topóme Dios con un escudero...” (p. 42) y lo presenta elegante y alegremente: “...iba por la calle con razonable vestido, bien peinado, su paso y compás en orden” (p. 42).

Lo dicho hasta aquí es imprescindible para adentrarnos en el estudio numérico, semántico y situacional de las formas lingüísticas de primera persona plural que se encuentran en el tercer tratado y que enmarcan la relación amo-criado. Tomando como base las formas mencionadas, puede establecerse que dicha vinculación pasa por varios momentos que señalan un acercamiento entre ambos. De un caminar simplemente juntos, se llega a compartir un destino común de hambre y miseria, sólo soportable por la atmósfera plena de cariño y compasión<sup>12</sup>.

<sup>11</sup> Esta perspectiva positiva con que Lázaro enjuicia el mundo circundante no se anula con lo que nos dirá después: que en ese mundo no hay caridad, pues ella ya se subió al cielo.

<sup>12</sup> La solidaridad se da en una relación de *horizontalidad* y ella es el resultado de una serie de condiciones: “Los fundamentos de la solidaridad son diversos: parentesco, identidad de edad, de sexo, nacionalidad, semejanzas de educación y ocupación, destino común y simple contacto prolongado” (Roger Brown, *Psicología social*, Siglo XXI Editores, México, 1972, p. 67). Por otra parte, si hemos de convenir en que toda relación humana puede ser *simétrica* o *asimétrica*, lo natural es que la solidaridad tienda a la condición primera, ya que “se funda en identidades, semejanzas y experiencias en común” (Brown, p. 67). La relación escudero-Lázaro se basa, precisamente, en ele-

Así, el primer momento puede fijarse desde el encuentro hasta que Lázaro se da cuenta de la verdad de su nuevo amo. Las formas expresivas indicadas nos llevan rápidamente por las calles de Toledo y el muchacho va dejando constancia de ellas: "...*Pasábamos* por las plazas do se vendía pan y otras provisiones" (p. 43) y nada se compra; se sigue caminando y "...*anduvimos* hasta que dio las doce..." (p. 43); le ve oír misa y "...*salimos* de la iglesia..." (p. 43); luego: "A buen paso tendido *comenzamos* a ir por una calle abajo..." (p. 43) para, finalmente, "...*llegamos* a una casa... y abrió su puerta y *entramos* en casa..." (p. 43). Ya dentro de ella: "Desque *fuimos entrados*, quita de sobre sí su capa, y preguntando si tenía las manos limpias, la *sacudimos* y *doblamos*, muy limpiamente, soplando un poyo que allí estaba, la puso en él..." (p. 44). Le pide cuenta de su persona para establecer finalmente que: "—Pues, aunque de mañana, yo había almorzado, y cuando así como algo, hágote saber que hasta la noche me estoy así. Por eso, pásate como pudieres, que después *cenaremos*" (pp. 44-45).

Como se ve, las formas verbales cumplen en este primer estadio una función simple de acompañamiento. Lázaro marcha al lado del escudero y sólo lo juzga por las apariencias<sup>13</sup> "—Yo iba el más alegre del mundo" (p. 43)— y por ahí desliza una forma de primera persona plural que es un anticipo, muy débil, claro está, de lo que viene después: "Por ventura no lo vee aquí a su contento... y querrá que lo *compremos* en otro cabo" (p. 43). El *cenaremos* del párrafo más atrás transcrito, con todo lo que tiene de incierto y oscuro futuro, hace que Lázaro vea la verdad.

El segundo momento, como queda dicho, se abre con el conocimiento de la pobreza de su amo y se cierra al amanecer del día siguiente. Lázaro conoce la pobreza del escudero y le convida de su sudado pan. Este primer acercamiento se da con el temor de comer menos y Lázaro lo dice. Comen rápida y juntamente: "Y con esto *acabamos* casi a una" (p. 46). El escudero le ofrece lo único

---

mentos solidarios; comienza siendo una relación de *status* —la otra dimensión fundamental de la relación interpersonal— para transformarse, más adelante, en una típica actitud solidaria.

<sup>13</sup> Como se sabe, uno de los motivos centrales en este tercer tratado es el de la *honra*. Junto a tal motivo se da aparejado el concepto de su *vanidad* y de su *apariencialidad*. Respecto a dichos temas, véase, entre otros, a Américo Castro, *De la edad conflictiva* (Taurus, Persiles N<sup>o</sup> 18, Madrid, 1972) y a O. Belic, ensayo citado. El primero, en cuanto se trata de la honra como problema de crisis en la cultura española; el segundo, referido específicamente a tal motivo en el tercer tratado.

que tiene, agua. Y, luego, vuelve a inquirir sobre él: “Ansí *estuvimos* hasta la noche, hablando en cosas que me preguntaba, a las cuales yo le respondí lo mejor que supe. . .” (p. 46). Lentamente comienza a abrirse una nueva concepción vital. Hacen la pobre cama juntos y se emplean tres formas de las que estudiamos con claro sentido de participación. E inmediatamente después el escudero clarifica la nueva situación al sostener que “. . . *pasemos como podamos*, y mañana, venido el día, Dios hará merced; porque yo, por estar solo, no estoy proveído, antes he comido estos días por allá fuera. Mas agora hacerlo *hemos* de otra manera.” (p. 47).

*Por estar solo*, ha dicho el escudero, y luego, *hacerlo hemos de otra manera*, lo que muestra que él siente la integración con su criado. La soledad es reemplazada por un sentimiento de solidaridad que, curiosamente, es lo mismo que le sucede a Lázaro. Y consciente o no, lo hace participe de algo que él solo —el escudero— había afirmado anteriormente: “. . . como *decíamos* hoy, no hay tal cosa en el mundo para vivir mucho que comer poco”. (p. 47). La noche llega y encontramos a amo y criado unidos; éste echado a los pies de aquél. Es la pareja que está atada a una común necesidad<sup>14</sup>.

El tercer momento abarca desde el comienzo del nuevo día, señalado por *levantámonos* (p. 48), hasta la mención de la prohibición de mendigar a los extranjeros en Toledo<sup>15</sup>. Lázaro espera que su amo: “. . . trajese algo que *comiésemos* . . .” (p. 51). Los dos se sienten ya unidos y Lázaro sale a mendigar, tanto para alimentarse a sí mismo como para mantener a su pobre amo. El escudero, dentro de su miseria, espera mejorar de suerte, y ya no habla en singular, sino en plural y dice a Lázaro, haciéndole participe de su buena fortuna: “. . . presto *nos veremos* sin necesidad. . .” (p. 52).

<sup>14</sup> Débese tener presente en tal relación, además, la aspiración a metas comunes que amo y criado tienen. En este sentido hay que destacar, entre ellos, la situación modelar refleja. Véase al respecto, a Charles Minguet, obra citada, pp. 101-111.

<sup>15</sup> La ley contra los mendigos extranjeros es el punto que debe servir de clave para dilucidar uno de los aspectos fundamentales de la ideología espiritual de *Lazarillo de Tormes*. Para Marcel Bataillon es “. . . el único hecho notable de historia social” (*Novedad y fecundidad del Lazarillo de Tormes*. Anaya, 1968, Barcelona, p. 24) en el *Lazarillo*, y es uno de los datos que le es útil para fijar la fecha de redacción de la novela en la década 1540-1550. Dicha prohibición genera una polémica en torno a la caridad y la pobreza entre los padres Domingo de Soto y Juan de Robles. Véase al respecto lo sostenido por Francisco Márquez Villanueva: *La actitud espiritual del Lazarillo de Tormes*, en *Espiritualidad y literatura en el siglo xvi* (Alfaguara, Madrid-Barcelona, 1968, pp. 68-137). De igual manera, en lo referente a lo religioso, véase Manuel J. Asensio: *La intención religiosa del Lazarillo de Tormes y Juan de Valdés* (*Hispanic Review*, xxii, 1959, pp. 78-102).

Tiene lugar la comida que comparten amo y criado, compuesta de tripas y de ña de vaca. Hay ahí la presencia de un sentimiento caritativo que llena la escena. Y ella conduce, de nuevo, a formas expresivas de primera persona plural que muestran ya la unidad de destino de ambos: "... *Bebimos* y muy contentos *nos fuimos a dormir*, como la noche pasada... desta manera *estuvimos* ocho o diez días..." (p. 53). Este momento aparece señalado como un verdadero remanso, ya que comen y beben con tranquilidad y confianza. Las barreras naturales entre amo y criado se han quebrado.

La prohibición de mendigar a los extranjeros marca el comienzo del cuarto estadio que termina cuando, sin saberse cómo, el escudero se hace de un real. Señala éste el peor momento entre amo y criado. El hambre aprieta y quita el sueño. De nuevo, las formas plurales señaladas marcan la condición solidaria de ambos personajes, y Lázaro dice, textualmente, que: "... *nos acaesció* estar dos o tres días sin comer bocado..." (p. 55) y que "... también lo *estuvimos* sin comer..." (p. 55). Y remacha el dolor y la compasión<sup>16</sup> que siente por el escudero: "Y no tenía lástima de mí como del lastimado de mi amo..." (p. 55). El pobre hidalgo, a su vez, reparte esperanzas, pues no tiene otra cosa, y marca, también, el enfrentamiento único al destino de ambos: "... Mientras acá *estuviéremos, hemos de padecer*. Ya deseo que se acabe este mes por salir della" (p. 56).

Buenos deseos que se cumplen parcialmente. Un real llega a sus manos y esto le permite mostrar su identidad con el muchacho. Alegre y risueño se dirige a Lázaro: "—Toma Lázaro, que Dios a va abriendo su mano; ve a la plaza y merca pan y vino y carn ; *¡quebrems* el ojo al diablo! Y más te hago saber, porque te huelgues: que he alquilado otra casa y en ésta desastrada no *hemos de estar* más de en cumpliendo el mes... Ve y ven presto, y *comamos* hoy como condes." (pp. 56-57). El escudero confía en el muchacho. Es dinero lo que pone en sus manos, actitud que es incompatible de parte de sus dos amos primeros. Y marca, además, de manera tajante, lo que se ha dicho. De nuevo las formas verbales plurales de que nos venimos ocupando<sup>17</sup>. Ese "*no hemos de estar más de en*

<sup>16</sup> Véase lo sostenido por Dámaso Alonso (*El realismo psicológico en el Lazarillo de Tormes*. Madrid, 1958) en el sentido de que es aquí donde el pícaro siente piedad por única vez. De igual manera, son válidas las aseveraciones establecidas por Salvador Aguado Andreut en *Algunas observaciones sobre el Lazarillo de Tormes* (Guatemala, 1965) que, en el análisis de las relaciones escudero-Lazarillo, coinciden, en gran medida, con las nuestras.

<sup>17</sup> No se nos escapa el que la forma *quebrems* está aquí incorporada a una oración proverbial y, por lo tanto, no puede considerarse en lo que constituye

*cumpliendo el mes*" y el final *comamos* son fórmulas que sueldan, definitivamente, el carácter solidario. Y esto se ve reafirmado, líneas más adelante, en el episodio del funeral, en que a esta identidad amo-criado se le agrega un tercer elemento, la casa, que, sentido como algo protectorio, es el refugio vital de las desventuras de ambos. Se señalan tres fórmulas lingüísticas que reiteran la unidad de los tres. Lázaro, espantado, dice a su amo: "... acuda aquí que *nos traen* acá un muerto" (p. 58) y "—Acá, señor, *nos le traen*" (p. 58), para emplear por tercera vez el recurso "... todavía me recelaba que *nos le habían* de meter en casa..." (p. 58). Este quinto momento se cierra con un "... *comimos* bien aquel día, maldito el gusto que yo tomaba en ello..." (p. 58).

En el resto del tratado —el escudero se abre sentimentalmente ante Lázaro y le da a conocer las razones de su venida, su código de honor, sus aspiraciones de servir a un gran señor, el cobrar la renta por sus acreedores, su ida y las vicisitudes que con la justicia sufre Lázaro— desaparecen tales formas expresivas.

A esto débese agregar la manera cómo Lázaro narrador se refiere al escudero. Es un tratamiento misericordioso y caritativo. Lo trata sucesivamente de *bueno* (p. 51), *desventurado* (p. 52) y *pobre* (p. 58). Lázaro tiene conciencia de la situación de su amo, se da cuenta del drama que vive, lo compara con sus amos anteriores y nace en él un sentimiento de profunda lástima. Textualmente dice: "éste —decía yo— es pobre, y nadie da lo que no tiene; mas el avariento ciego y el malaventurado mezquino clérigo, que, con dár-selo Dios a ambos, al uno de mano besada y al otro de lengua suelta, me mataban de hambre, aquellos es justo desamar y aqueste de haber mancilla." (p. 54).

Todo lo hasta aquí señalado muestra el carácter diferente que la relación amo-criado alcanza en el tercer tratado. Para nosotros se trata de dos formas de encarar la vida: la *soledad* y la *solidaridad*. Con los dos primeros amos, Lázaro se siente radicalmente solo. Su *solo soy* —que hemos destacado— rige ambas relaciones, en tanto que con el escudero se le abre un mundo distinto. Y este hecho se concretiza en la manera cómo se usan los pronombres y formas verbales de primera persona plural.

El resultado final de esta experiencia deja a Lázaro nuevamente solo, diríamos que doblemente solo, ya que ha conocido la amistad

nuestro centro de interés. Esta observación es válida para toda circunstancia similar.

y la confianza, y la ha perdido. Su amo lo abandona, lo que es insólito; lo deja en manos de los otros. Ya no volverá a entregarse afectivamente a sus amos <sup>18</sup>.

Queremos llamar la atención, por último, sobre la ubicación que este episodio —el del escudero— tiene en el contexto narrativo. Está precisamente al medio de ella. Esto hace que, según nuestra manera de entender la novela, funcione como un verdadero núcleo en que confluye el contenido espiritual que ella posee. Para nosotros, es el juego de *soledad* y *solidaridad*, motivos estructuradores de la novela, que se muestran en un verdadero espejo en las formas estudiadas. El material narrativo entregado alude a un *antes*, dominado por la soledad, a un *presente* que es solidario, y a un *después* que significa la vuelta al sentimiento primero.

Todo lo que se ha sostenido hasta aquí obtiene su concreción final si nos fijamos en la manera cómo las formas plurales de primera persona son utilizadas en relación con los últimos amos de Lázaro. Hay una diferencia radical en cantidad —casi desaparece— y en contenido semántico. Es indudable que la experiencia anterior, rastreada en los tres primeros tratados, le ha dejado al muchacho una experiencia afectiva que redundará en su conducta posterior <sup>19</sup>.

Así, en el tratado iv, su contacto con el fraile de la Merced se expresa de manera tajante con un *él* y un *yo* que indica la no comunicación entre ellos. Volvemos a encontrar las barreras anteriores al encuentro con el escudero. Y más aún, ni tan siquiera se menciona la forma lingüística que nos interesa. Ha desaparecido. Si a esto unimos la brevedad de la narración, apenas ocho o diez líneas, podemos, incluso, pensar en la voluntad del pobre muchacho de escapar de la compañía de su nuevo amo. Muy próxima se encuentra la experiencia anterior.

El buldero es el amo siguiente de Lázaro. A primera vista, es notorio el carácter de simple *observador* que el muchacho tiene aquí <sup>20</sup>. El mundo de su amo le es totalmente aparte. Ve y observa,

<sup>18</sup> Primera y única vez que ésta sucede y acaece, precisamente, con el amo con quien ha logrado mayor familiaridad.

<sup>19</sup> AMÉRICO CASTRO ha visto en la anónima novela un antecedente cervantino y, específicamente, en la relación escudero-Lázaro: "... el primer esbozo del dualismo-unidad de Don Quijote y Sancho" (*Hacia Cervantes*. Taurus, 1960, p. 141).

<sup>20</sup> Se produce en el tratado v una variación importante: Lázaro se transforma en un testigo-narrador. Toda su intervención en este momento es pasiva: da testimonio de lo que sucede. Véase R. Willis: *Lázaro and the Pardoner: the artistic necessity of the fifth "tractado"*. (*Hispanic Review*, xxvii, 1959, pp. 223-235).

y relata el resultado final de esa observación. La separación entre amo y criado de nuevo es fuerte y violenta. Se usa el plural de primera persona sólo tres veces, y ellas no hacen más que certificar lo ya aseverado.

La primera vez que se produce tal uso nos lleva al momento en que el buldero y el alguacil fingien disputar<sup>21</sup> y se pone en duda la validez de las bulas pregonadas por ellos. Los vecinos han logrado ya separarlos: "Finalmente, que los del pueblo, viendo que no bastaban a ponellos en paz, acordaron de llevar al alguacil de la posada a otra parte. Y así quedó mi amo muy enojado. Y después que los huéspedes y vecinos le hubieron rogado que perdiese el enojo y se fuese a dormir, se fue, y así *nos echamos* todos" (p. 69). Se ve claramente que este uso del *nosotros* es separador y no abarca a su amo, el buldero. El es aquí, sin duda alguna, el otro.

El segundo momento tiene lugar después de ser narrada toda la parte medular del engaño de ambos rufianes y se refiere al momento en que cosechan el resultado de su artificio farsesco. Nos dice Lázaro: "Divulgóse la nueva de lo acaecido por los lugares comarcanos, y cuando a ellos *llegábamos* no era menester sermón ni ir a la iglesia, que a la posada le venían a tomar, como si fueran peras que se dieran de balde. De manera que, en diez o doce lugares de aquellos alrededores, donde *fuimos*, echó el señor mi amo otras tantas mil bulas sin predicar sermón" (p. 73). El empleo de las formas verbales de primera persona plural en los dos casos en que aparecen en la situación transcrita no señalan *participación afectiva*, tan solo son indicaciones de un simple acompañamiento físico. Y aún más, por la misma subordinación propia del criado, obligado.

Con los dos amos siguientes, el maestro de pintar panderos y el capellán de la iglesia mayor, no hay ejemplo del uso que nos interesa. Siempre la separación entre ellos. Del primero dice que "... también sufrí mil males" (p. 75), y del segundo se hace notar una estrecha alianza comercial, el que finalmente es dejado de mano por Lázaro sin ningún dolor: "... Desque me vi en hábito de hombre de bien, dije a mi amo se tomase su asno, que no quería más seguir aquel oficio" (p. 76). No hay cabida, en dichas relaciones, para algún

<sup>21</sup> Respecto a la condición de *burla* que tiene este momento, véase lo sostenido por Wilfredo Casanova en *Burlas representables en el Lazarillo de Tormes* (Revista de Occidente, Nº 91, octubre 1970, pp. 82-94). En cuanto a la *burla* como elemento estructurador total de la novela, véase Charles Minguet: *Tragedie et comedie. La "burla" dans le Lazarillo. Signification et structure*, en *Recherches...*, citado, pp. 51-64.

sentido de solidaridad. Son amos que en el alma de Lázaro no dejan huellas. Simplemente pasan.

Luego nos habla del próximo: "... asenté por hombre de justicia con un alguacil; mas muy poco viví con él, por parecerme oficio peligroso, mayormente que una noche *nos corrieron* a mí y a mi amo a pedradas y a palos unos retraídos; y a mi amo, que esperó, trataron mal, mas a mí no me alcanzaron. Con esto renegué del trato" (pp. 76-77). La única ocasión en que se usa la forma estudiada es la que aparece subrayada. Ambos sufren un ataque. De nuevo es el acompañamiento físico. Y, además, lo deja solo, lo abandona ante la presencia de los enemigos. Y su amo es golpeado; él, al contrario, no lo es. El comportamiento de Lázaro con su tercer amo es radicalmente diferente.

Llégase así a la situación final de Lázaro<sup>22</sup>. Está ahora casado a insinuación del arcipreste de San Salvador. Siete veces aparecen las formas que envuelven el sentido de lo plural. Las dos primeras conciernen a Lázaro y a su mujer, pues dice que el sacerdote: "... *hízonos* alquilar una casilla par de la suya: los domingos y fiestas casi todas las *comíamos* en su casa" (p. 78); la siguiente envuelve también al arcipreste, ya que dice relación con la situación ambivalente que viven ambos tres: "... *no nos dejan vivir*..." (p. 78). Las cuatro formas restantes se incrustan coherentemente en la solución que dan los tres a la ambigua situación: "... Mas yo de un cabo y mi señor de otro, tanto le *dijimos* y *otorgamos* que cesó su llanto... Y así *quedamos* todos tres bien conformes... Hasta el día de hoy nunca nadie *nos oyó* sobre el caso..." (p. 79). Aquí, sí, hay aparentemente una participación que no se ha encontrado después que Lázaro fue abandonado por el escudero. Los dos primeros —*dijimos*, *otorgamos*— muestran la común voluntad de Lázaro y del arcipreste de convencer a la mujer; los dos últimos —*quedamos*, *nos oyó*— abarcan también a la mujer. Hemos dicho que *aparentemente* se vuelve a la disposición anímica que nos interesa y que genera el presente ensayo. La calificación es válida, si tomamos en cuenta lo que hay en ese momento: es un triple autoengaño. La farsa o

<sup>22</sup> Sobre la situación final de Lázaro, véase, entre otros, a Didier Jaén, *La ambigüedad moral del Lazarillo de Tormes* (Modern Language Association of America, N° 98, 1968, pp. 130-134), a Bruce Wardropper, *El trastorno de la moral en el Lazarillo* (Nueva Revista de Filología Hispánica, N° iv, 1961, pp. 441-447) y a Bécic, ensayo citado. Como opinión disidente, a Homero Castillo (*El comportamiento de Lázaro de Tormes*, Hispania, 1950, tomo xxxiii, pp. 304-310).

burla<sup>23</sup> ha cumplido su fin. Por lo tanto, no hay solidaridad afectiva. La conveniencia material mueve a Lázaro, no otra cosa.

La revisión que se ha hecho de las formas lingüísticas de primera persona plural en el cuerpo narrativo de *Lazarillo de Tormes* permite concluir que su presencia está en íntima relación con la manera como se dispone el material novelesco. En efecto, el número de dichas formas indica que su concentración está en el tratado tercero, tratado que funciona como un eje en el que confluye todo el contenido ideológico-espiritual que la novela conlleva en sí y que se expresa mediante una pareja de motivos opuestos, *la soledad* y *la solidaridad*. El análisis de dichas formas ha determinado que ellas concretizan ambos motivos, pero, curiosamente, la condición solidaria sólo es adquirida en la relación escudero-Lázaro, mientras que en todas las demás están en relación con la soledad del protagonista. A su vez, la experiencia que adquiere Lázaro en el tercer tratado y su proyección en el resto de su vida es la que define el rasgo más acentuado de su personalidad: su profunda desconfianza frente al mundo circundante, su querer ascender incluso a costa de su propia honra y la plena conciencia de ser solo en el mundo. Es decir, aquel *solo soy*, pronunciado al salir de Salamanca, es iluminador de toda su existencia, excepción sea hecha del tiempo que convivió con el hidalgo toledano. Las formas lingüísticas estudiadas están al servicio, por último, de la mostración de las circunstancias anotadas.

UNIVERSIDAD DE CHILE

<sup>23</sup> Véanse las acotaciones que en lo referente a su calificación como *burla representable* establece W. Casanova, ensayo citado.